

El cuadro



Posaban observativos sobre la pared blanca en la que por supuesto iría el último recuadro. Al lado izquierdo, el pequeño papel que lo nombraba; decía: sangre.



-No es muy común encontrar cosas tan profundas- dijo el guía-. Hubiese conseguido un gran premio de abstracción si su realidad no fuese tan trágica-. Siguió detallando la pared con admiración, mientras otros no conseguían sostener la mirada. Continuó- ¡Qué real y qué palpable! Sin embargo, ¡qué confuso y misterioso! Parece no haber difusión entre las dos escenas, el arte mismo y la realidad observada... - ¡oh por favor Edward!- dijo Jerry- Te conozco desde la universidad, no pasaste del tercer semestre de medicina y ahora me vienes con tu estupor "hematológico"-.

A Edward se le vinieron a la mente aquellas épocas; se arrepentía bastante de no haber tenido el valor de seguir sus aspiraciones durante tanto tiempo. Iba a refunfuñar pero recordó que toda su vida se la había pasado refunfuñando. Se calmó un poco y comentó -En este caso no hablamos de las escabrosas clases de hematología Jerry, que por cierto nunca fueron tu fuerte, así que no es solo un cúmulo de plaquetas explayadas por la pared. - ¡Ustedes son los únicos descabellados que pueden llamar a esto arte!- Exclamó Jerry. -Baja los humos doc. ¿Acaso en los suburbios de tu carrera no te enseñaron a mantener la cordura? No estuve ni la mitad del tiempo y parezco haberme fundido más los sesos en las clases. -No, parece haber aprendido solo dos cosas: a regodearte insólito y a ser bastante insensible-. A esto respondió Edward -No me sorprende tan poca capacidad de comprensión, los médicos como tú se encierran en el lúgubre hipocrático hasta tachar la visión que sólo el artista ve en el fondo de la muerte, como la obra que cura el alma.

Así pues, mientras mis sátiras resuenan en la pared de lienzo, pasa por tu mente el día en que mataste en alma al que luego tuvo que matar su cuerpo. Quiero decir que tan poco comprenden la muerte, que le han quitado el privilegio a los que desean curarse de sus penas y los acarrear a una vida tan vacía, tan perdida. Dime, si esto no es arte ¿Qué es?



Un hombre del montón que los había escuchado hablar exclamó, con un tono bastante irónico- ¡una total payasada! No veo más que manchas rojas irregulares, es insensato hacer este desbarajuste tan solo para derramar de su propia sangre y desparramarla en la pared, para que todos traten de encontrar una profundidad que no existe, sino en las charlatanerías de estos tipos. A decir verdad, veo en esta escena la muestra perfecta de que hasta un muerto puede hacer arte derramando unas cuantas gotas de sangre, tan aludidas como cualquier pavada contemporánea, y luego se sacan más cuentos de los que hay.

Bueno... comprendamos que estos pobres marginados, de una sociedad cada vez más alejada de sus obras, ahora laboran con bajo presupuesto y deben rebuscarse por donde sea. -Si... y este es el colmo del bajo presupuesto- dijo Jerry con una voz un poco opacada por el silencio de su propia reflexión.

La policía limitaba el paso y evacuaba a la gente para que los forenses se encargaran del resto. Se les hacía difícil con la multitud agolpada a montones, a la medida de la grata sorpresa que veían frente a sus ojos y escuchaban de las fuentes auditivas más cercanas. Y no es de extrañar, no es de todos los días que un hombre, quien había dado proezas artísticas en el pasado, se parase en plena feria de exposición y, justo antes de pegarse un tiro, dejara con un orgullo que sólo El Cid tendría a su patria una frase de George Bernard Shaw: "los espejos se usan para ver las caras, el arte para ver el alma", y agregó:

*Y vean mi alma en llanto
Tan palpable como mi cuerpo
Que al espejo ve el rostro
Que los cuerpos nunca ven*

Espichó el gatillo y el sonido del disparo hizo estragos en toda la manzana. Solo unos pocos mantuvieron la calma; de ellos algunos alzaron las cejas e hicieron señas de decepción, ironía, estupidez; otros se quedaron paralizados tratando de digerir todo lo que había sucedido; pero, ninguno lo comprendió bien. Ni los forenses que lo detallaron todo, ni la multitud agolpada, ni los detectives que investigaron el caso, ni el guía de la feria, ni el médico que aún se fundía en silencio, ni ningún otro que presencié los hechos. Ninguno lo comprendió bien porque al otro día todo siguió normal: el cadáver en la morgue, la multitud en sus labores, los detectives en sus oficinas, el salón de feria en limpieza, la pared cada vez más blanca y el mundo cada vez más indiferente.

OTRO CIELO **Mario Benedetti**

No existe esponja para lavar el cielo,
pero, aunque pudieras enjabonarlo
y luego echarle baldes y baldes de mar
y colgarlo al sol para que se seque,
siempre faltaría el pájaro en silencio.

No existen métodos para tocar el cielo,
pero, aunque te estiraras como una palma
y lograras rozarlo en tus delirios
y supieras al fin como es al tacto,
siempre te faltaría la nube de algodón.

No existe un puente para cruzar el cielo,
pero, aunque consiguieras llegar a la otra orilla
a fuerza de memoria y pronósticos
y comprobaras que no es tan difícil,
siempre te faltaría el pino del crepúsculo.

Eso es porque se trata de un cielo que no es tuyo,
aunque sea impetuoso y desgarrado.
En cambio, cuando llegue al que te pertenece
no lo querrás lavar ni tocar ni cruzar
pero estarán el pájaro y la nube y el pino.